

**Ramírez, María del Rayo. *Utopología desde nuestra América*.
Bogotá: Ediciones desde abajo, 2012. 158 pp.**

**Iván Rodrigo Mendizábal
Universidad de Los Hemisferios**

El tema de la utopía sigue estando vigente, sobre todo para América Latina. Éste atañe tanto a la filosofía y la política, cuanto a la literatura. En la filosofía, es un tópico recurrente ya que pone en evidencia el deseo del ser humano de trascender, de ir más allá del tiempo actual y de soñar la esperanza sobre algo nuevo o diferente. El concepto de utopía ha traspasado inmediatamente a la razón política, sobre todo en determinados momentos de crisis de la vida social de las naciones, con la pretensión de volcar el quehacer político hacia nuevos derroteros que dejen atrás los errores y los problemas de antiguas formas de construir la socialidad. La literatura, por otro lado, ha inscrito la utopía como argumento en variados de sus textos, muchos de ellos ligados a la ideación de futuro.

Utopología desde nuestra América es un libro que parte del campo de la literatura para desembocar en la filosofía. Desde ésta, la autora realiza un examen de las principales tesis de Franz Hinkelammert, Arturo Andrés Roig y Horacio Cerutti; sus consideraciones, sus críticas y sus aserciones, le sirven para establecer una teoría de la utopía desde el punto de vista Latinoamericano; tal teoría se nombra como “utopología”. María del Rayo Martínez, sin embargo, aclara que el pensamiento utópico no ha nacido de los mencionados autores, puesto que existe un camino trazado por otros intelectuales en diversos países desde siglos anteriores. El pensamiento filosófico se nutre de los recorridos hasta ahora dados, lo mismo que la literatura pretende ahondar en ciertos aspectos que la interrogación filosófica pone de manifiesto.

En este sentido, el texto fundador de referencia es *Utopía* de Tomás Moro, publicado en 1516. Se considera a éste, ya sea como un tratado crítico de índole político para su tiempo, puesto que pone de manifiesto los problemas de gobierno y de socialidad en la sociedad inglesa, pero también como una interpretación, usando la estrategia del ficticio diálogo entre alguien que ha conocido una sociedad justa, allende los mares, y su receptor, el propio Moro. Es así que literatura y política parecen estar indistintos en algún momento de la escritura de las utopías. Desde ese punto de vista, María del Rayo Martínez se reafirma en una inicial tesis, la de considerar a la utopía como un género literario; para ello toma en cuenta las palabras de Cerutti, para quien una obra de carácter utópico deviene de alguien perteneciente a la *intelligentsia* de su época, obra que no es exclusivamente filosófica ni literaria, pero que cuestiona el pensamiento filosófico y los imaginarios dados en la literatura (Cerutti cit. Martínez 2012, 24). En otras palabras, un texto utópico deviene de una *intelligentsia* social, de un pensamiento producido en un cierto lugar de la sociedad, quien elabora un no-lugar en

el que hay algo en potencia. De este modo, un texto con temática utópica entremezcla la filosofía con la narrativa literaria, hecho que nos permite ver mundos que aún no se han dado, mundos que no están situados en ningún lugar, mundos que, por su naturaleza descrita incluso pueden verse como fantásticos. Pero ya desde un plano menos literario, dichos mundos también se establecen como ideas, como propuestas de índole política y que luego pueden articularse como discursos, con los cuales, precisamente, se persiguen los cambios, hasta lograr una mejor sociedad. Es posible que uno de los armazones de las revoluciones sociales sea, en efecto, el pensamiento utópico. De hecho, el libro *Utopología desde nuestra América*, en el capítulo 4, al analizar este doble entramado, este doble aspecto de la utopía, critica y al mismo tiempo admite que, sin uno y otro horizonte –el filosófico y el literario–, la imaginación utópica no podría dar lugar a que se pueda pensar en una determinada orientación a la que se aspiraría llegar. Con Hinkelammert, en efecto, Martínez aclara que si en la utopía hay imágenes de instituciones perfectas y el deseo latente de su realización futura, aunque estas sean meros espejismos, tales imágenes no se las puede considerar superfluas; en su interior hay conceptos trascendentales cuya naturaleza no se puede dejar de lado.

Teniendo en cuenta estos aspectos, Martínez luego se decanta por el trabajo filosófico. Porque detrás de la idea de la utopía están el pensar el futuro, el tema de la esperanza, el discurso utópico como fundamento de toda construcción societal que se mira trascendiendo a sus necesidades actuales y su historia. Se trata de indagar siempre en eso que es lo nuevo, horizonte que ha traspasado siempre todo imaginario y toda esperanza desde inicios de la modernidad.

El libro no es historicista, sino al contrario un análisis del pensamiento y las categorías filosóficas. La autora reconoce que no existe una sola aproximación de la utopía sino un conjunto de postulados que bien son trabajados por los autores analizados, del mismo modo que hay una variedad de caminos de la utopía.

Ya en el análisis de los postulados de los filósofos latinoamericanos, Martínez se acerca a escudriñar cada uno de los aportes de estos.

En principio, parte de la crítica de Hinkelammert, respecto a la utopía. Éste sigue el método kantiano para articular su visión negativa de la utopía a la que inscribe en el contexto del pensamiento racional –pues no se trata solo de sueños o de ideaciones poéticas–. Hinkelammert, de acuerdo a la autora, no analiza los planteamientos filosóficos clásicos, sino más bien las teorías económico-sociales actuales que se han apropiado de las utopías, con la mediación del campo político, para establecer regímenes de poder y de sumisión: son los casos del conservadurismo, del neoliberalismo, del socialismo –en particular del soviético– y del anarquismo. Detrás de esta apropiación, en efecto, estaría la emergencia de la burguesía la cual se habría servido de dichos modelos para instaurar estructuras sociales “posibles”, así como proyectarlos supuestamente al futuro, poniendo de manifiesto el hecho que la política es

el arte de lo posible (Martínez 2012, 55). A esta racionalidad utopista –que es el “utopismo”– que instala todo proyecto político es justamente la crítica de Hinkelammert; desde ese punto de vista su propuesta invoca a dismantelar lo que llama la “ilusión trascendental” que emana de algún proyecto político, donde se confunden la realidad con lo ideal o las imágenes de la tierra con las del cielo, de acuerdo con Martínez.

La autora, empero, al acercarse a los planteamientos de Hinkelammert pone de manifiesto las categorías semánticas que emplea, sobre todo, la de utopismo, a la que considera como una desvalorización de lo utópico en su manifestación y su ejercicio ingenuo, obrado desde las dimensiones de poder a las que critica el filósofo. Incluso cuestiona las ideas de imaginación y de conceptualización que estarían detrás de todo proyecto, por más que este sea político, pues en Hinkelammert, ambas categorías llevan a lo imposible si no existiese lo fáctico. Martínez señala que este pensamiento es más bien positivista y exige un mayor análisis; sin embargo, descubre que, no obstante la ideación de realidades o sociedades “concebibles” –el horizonte de las utopías–, en ella hay aspectos que no se deben desdeñar; es decir, imágenes y conceptos que de cierto modo orientan las praxis hacia ciertos lugares, donde una organización social adquiere su sentido: la realidad estaría traspasada por imágenes utópicas, aunque el racionalismo positivista intente desecharlas.

En el capítulo relativo al pensamiento de Arturo Andrés Roig, Martínez trata de evidenciar la arquitectura de lo que se puede considerar el discurso de la utopía. Se parte de comprender la “contingencia” en sentido de que, más allá de la necesidad y de la posibilidad, inherentes a la vida social de los seres humanos, estos en un momento se plantean la idea de trascender y proyectarse. La idea de liberación estaría detrás de este postulado, pues con la pretensión de la liberación también se tendría el logro de un mejor estado de lo humano y de su dignificación. La asunción de la contingencia, en este marco, supone inscribirse e apropiarse del lenguaje para postular la liberación mediante la producción del discurso utópico, discurso que tendría que acompañar toda práctica social.

El discurso utópico, en sentido general, no solo reivindica el modo de vivir, la contingencia, sino también la posibilidad, en tanto la posibilidad es igualmente lo que constituye al ser humano. De ahí que para Roig el término “utopía” tiene mejor sentido con la expresión “función utópica” en cuanto actividad específica que caracteriza a todo ser humano sobre todo cuando hay en él autoconciencia. La autoconciencia es la conciencia valorativa del ser humano frente y en relación a su situación en el mundo que le toca vivir y que le sujeta o somete, hecho que le lleva a reconocer su propia subjetividad (Martínez 2012, 84). El ser humano con autoconciencia produce, por lo tanto, pensamiento que se expresa ya sea en forma de discurso narrativo, comunicativo, místico religioso, epistémico, político o también discurso utópico. La función utópica está más presente en ésta última forma de discurso.

Empero, Roig plantea que el *topos* en el discurso puede ir de lo real a lo simbólico. Es decir, que todo discurso siempre parte referenciando a un lugar real, a un lugar histórico real y concreto para mostrar a otro. Al sistema de conexiones que hay en un discurso, vistos como un tejido, Roig le denomina “universo discursivo”; es desde dicho universo donde las utopías aparecen como “hechos de lenguaje” (Roig cit. Martínez, 85), realizados por determinados individuos en el marco de un tipo de sociedad, donde lenguaje, además es el mecanismo de objetivación de un modo de pensar la realidad contingente. En el discurso utópico, obrado de esta manera, aparecen contenidos con determinados valores semánticos, de acuerdo con la autora, que tratan de reproducir, no sin cierta especialización, las imágenes de los deseos de transformación de la realidad que aparentemente se vive. La literatura entraría también en este propósito como una manifestación del discurso utópico. En cierto sentido, la literatura tendría casi el mismo papel que el discurso político, siempre y cuando su productor o su enunciador tomen una posición respecto a la conflictividad social en donde él igualmente se muestra contingente. Tomando en cuenta este aspecto, Martínez define que “mediante la función utópica el ser humano accede a la trascendencia desde la inmanencia precaria –siempre– de la historia y donde interviene un determinado tipo de racionalidad ligada a la imaginación, peso sin renunciar a su ejercicio crítico y práctico” (110). Este planteamiento me parece clave en la medida que la utopía como imagen no es solo un dato del pensamiento, sino sobre todo, la expresión de querer alcanzar algo nuevo, usando la imaginación poética, donde lo nuevo incluso es diferente a lo contingente.

De Cerutti, Martínez trata de analizar la tensionalidad que prevalece en la utopía en cuanto a su referencia a lo real y lo cotidiano y a la narratividad del texto utópico. De acuerdo a la autora, Cerutti, define a la utopía como un tipo de texto que “alude elusivamente la realidad fluyente” (Martínez 2012, 117). Es decir, que la utopía, aunque se refiere a la realidad, no la nombra directamente, sino de modo elusivo, en lo que todavía no es, pero puede ser (Cerutti cit. Martínez, 119). En este contexto, aparecen dos nociones: el ser y el deber ser, nociones que en cierto modo también conectan con la ética.

La cuestión en juego es la realidad contingente, problemática o crítica que se puede vivir; es decir, el mundo de insatisfacciones, de conflictividad que activa inmediatamente el deseo o la esperanza de mejoramiento sobre todo de sujetos emergentes. Ahora bien, Martínez no aclara del todo el postulado de Cerutti respecto a esta tensionalidad en el contexto de tales sujetos emergentes y más bien alude a que esto prevalece en el seno de las clases sociales –sin diferenciar–, donde se configuran “ideales” como ideas activas, creativas y proyectivas, los cuales pueden encarnar los senderos de la historia, tal como sucede con la idea de “progreso”. En Cerutti “si lo utópico es el gozne que une en tensión permanente la realidad con el ideal, si lo propiamente utópico es esa tensión en que lo real aspira al ideal y el ideal exige realizarse, sin que lleguen a identificarse totalmente y en forma perfecta, entonces

progreso será esa posibilidad de avance de lo ideal hacia lo real, no para que la realidad se idealice sino para que lo ideal se haga carne histórica” (Cit. en Martínez, 128). De acuerdo a ello, Cerutti estaría en el lado opuesto a Hinkelammert, donde se borraría el proyecto utópico como una manipulación burguesa, más aun con la idea de progreso, horizonte político. No obstante esto, el autor analizado, sabe que lo utópico también puede contener un lado disruptivo y transformador, hecho que puede verse probablemente en las utopías literarias donde se describen y traen a la realidad inesperados futuros, si se tiene en cuenta Ernst Cassirer, a quien acude Martínez para contraponer las tesis de Cerutti.

Desde la obra de Cerutti, además considerando a otros autores sopesados en el libro —están citados también Ernst Bloch, Fernando Aínsa, Jean Paul Sartre, etc.—, Martínez finalmente profundiza en la cuestión de la tensión entre el ser y el deber ser, aspecto que ilumina al concepto de utopía: pues en un caso está el lugar de la realidad, la *topía* desde la que se piensa lo posible, pero también el lugar desde ese pensar que implica detenerse en deficiencias, en carencias; en el otro está la *utopía*, lo que se aspiraría. En esta tensión se reconoce la existencia humana, es decir, en el jalonamiento, como señala la autora, entre lo que se es y lo que se quiere ser, entre la realidad y el sueño, entre la necesidad y las ansias de libertad, entre la praxis cotidiana y también la esperanza de hacer otra praxis que deseche las incongruencias de lo actual; en definitiva, la tensión relativa a lo real de la realidad y lo ideal. Esto último implica un horizonte simbólico que, con ciertas intenciones, se ha necesitado de la literatura.

En sentido general, es importante dar cuenta el hecho que en el libro la autora prefiere indicar que la utopía es un género literario ligado al decurso de la modernidad. Esto no quita comprender a la utopía como una condición de existencia del ser humano y al mismo tiempo como una condición de la acción humana que lleva a la formación de procesos socio históricos: la idea de futuro necesariamente se inscribe en toda cultura, de la cual nacen anhelos, esperanzas, sueños posibles —e incluso imposibles, pero que luego parecen efectuarse—. Asimismo en la obra, *Utopología desde nuestra América*, la utopía se plantea como un diagnóstico y luego como una propuesta que es terapéutica: se va desde lo que es problema a lo que es lo es saludable e incluso su solución como futuro. En definitiva, utopología implica pensar al ser humano como proyecto, en su ser que está siendo, en su deseo de trascendencia, pero sobre todo, utopología supone comprender a esta como una teoría del cambio. Tal aserción, empero, queda abierta a futuras investigaciones.

Por otro lado, *Utopología desde nuestra América* es un trabajo de sistematización de teoría y conceptos de notable interés, sobre todo para pensar lo que se produce como conocimiento en América Latina. Las referencias a los autores señalados son claves en tanto se pueden observar los matices del concepto de utopía. Con ellos la autora pretende articular una teoría que ella denomina del cambio. Como se ha indicado líneas atrás, esta teoría queda por elaborar a partir del libro. Es posible que

mayores aproximaciones en el futuro a lo que puede ser dicha teoría iluminen, en efecto, esto de la utopología. Es evidente que Martínez parece pensar que la teoría del cambio ya está en proceso en el contexto real del continente en cuanto a las revoluciones sociales que se están manifestando, donde muchas de ellas llegan a tomar el poder y revierten el papel de las burguesías como dirigentes. El libro, con todo, no deja de ser sugerente y abierto a seguir explorando el pensamiento desde el continente.